

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 30 DE MAYO DE 1921

Nº 21

Una mágica poetisa de nuestra patria grande

Nueva York, abril 28 de 1921.

SEÑOR GARCÍA MONGE,

San José de Costa Rica.

Señor mío:

ME revisto, como con un manto tejido de la luz de nuestro sol, con todo mi orgullo de centroamericano para presentarle al mundo, en las páginas de su quincenario, a una mágica poetisa de nuestra patria grande.

La divina y soberana Alice Meynell, de Inglaterra, anciana ya; Ada Negri, de Italia, que no debe estar tan joven como la imaginamos al leer sus primeros libros, los mejores de ella, de hace cinco lustros; la Comtesse de Noailles, de Francia y Rumanía, ya no como la pintara Zuloaga, sino, me la figuro, huesuda y marchita; Amy Lowell, de los Estados Unidos, que frisa en los cincuenta años de edad, y María Enriqueta, de México, muy señora también,—estas son las poetisas de quienes más hemos oído hablar los de esta generación.

¿Y las jóvenes? Las jóvenes son de nuestro continente: Edna St. Vincent Millay, norteamericana, que ahora anda por Europa en una jira lírica; Alfonsina Storni, de la Argentina; Gabriela Mistral, de Chile; Juana de Ibarbourou, recién casada, del Uruguay, y la que a mi juicio promete más de todas, Carmen Brannon, de El Salvador, niña apenas, la muy virginal Erinna en medio a esas apasionadas Safos.

Le envió dos sonetos suyos, en los que se muestra como poeta intelectual a pesar de ser sus temas ardorosos sentimientos femeninos: poeta intelectual como lo fué Georgina Christina Rossetti (Ud. recordará los sonetos de *Monna Innominata*); y por cierto no sería difícil hallar en Carmen algún resabio de pre-rafaelismo: en la rima interna de este verso:

«de la Naturaleza que ama y reza
[a esta hora!]

Paso a contarle lo más que sé de ella. Nuestra poetisa

nació, de padre norteamericano radicado en Centro América y de madre netamente salvadoreña, en la villa de Armenia, cerca de Sonsonate en donde vive ahora. De su padre, en cuyas venas corre brava sangre de antiguos reyes celtas (el nombre de Brannon, pero sin la *n* final, que es añadidura del tiempo, suena como trueno en los poemas de *Osián* los que, aunque se han probado falsos en su invención, sí tienen un fundamento de verdad en su nomenclatura de héroes), heredó ella el don lírico, enriquecido en su ser por la mezcla de sangre tropical nuestra con sangre de Irlanda.

Lejos de ser de las muchas señoritas de nuestras clases pudientes que vienen al exterior a recibir, como sucede en la mayoría de los casos, un falso barniz cosmopolita y una cultura de cinematógrafo, ella jamás ha salido de la América Central. Su principal educación la hubo en Santa Ana, en el convento y colegio que allí tienen las bienhechoras madres de la Asunción. De paso, y porque tanto en El Salvador como en Nicaragua he oído que se dice mal de esas monjas, permítame declarar que con pleno conocimiento que tengo de la enseñanza que dan, a veces gratuitamente, no puedo sino alabar su labor en esas dos repúblicas. Por sus frutos las conoceréis. Una monja de la Asunción, Madre Leticia, del convento de León de Nicaragua, fué

quien llevó a esa tierra, donde vivió un cuarto de siglo, hasta su muerte acaecida hace un año, el más alto concepto del arte que allí jamás se haya tenido. Discípulo de ella fué un tiempo el pintor centroamericano, Alonso Rocchi, que tan amables triunfos ha venido cosechando después hasta en Roma misma. En El Salvador, basta con Carmen Brannon, para aclarar, justificar y magnificar la obra de esas monjas y para desear que su influencia, de la más alta cultura y del más fuerte refinamiento espiritual, se extienda en nuestros países.

A mi juicio, los hombres hemos venido demostrando en Centro América, durante todo un siglo de generales y doctores, que no sabemos hacer patria. Con nuevas generaciones de mujeres que, sin perder ese inapreciable valor de su virtud a toda prueba, sepan poner su acopio intelectual para el engrandecimiento de la patria; mujeres que sean como lo fué Salomé Ureña de Henríquez en Santo Domingo, gran poetisa, esposa intachable, madre admirabilísima, y, por todo eso, patriota excelsa, a cuya labor se debe que ese país supere ahora, en cultura, a cualquiera de los cinco estados nuestros; con mujeres así, sí vislumbro un gran porvenir para Centro América. Pero si nuestras mujeres, o pierden su gran virtud tradicional en cambio de una falsa cultura de revistas de modas, o si siguen siendo, como, doloroso es confesarlo, lo son, meros trastes sentimentales y animales para hacer gozar una luna de miel al macho y aguantarle después, no hay remedio para esa tierra nuestra. En los jóvenes no hay ni que pensar. Su horroroso ideal de lo que es ser hombre deletrea nuestra ruina. En Centro América ser bueno es ser insulso; ser honrado es no tener viveza; no beber es ser afeminado; no ser mujeriego es... ¡no ser hombre! ¿Qué se puede esperar de una juventud que sustenta esos principios?

¿Cómo cambiar esos principios? El modo único me parece ser por medio de la mujer. Que se eduquen, para que vean con ojos claros, lo despreciable que son los jóvenes; que

EVA A ADAN

Si tienes sed, Adán, abrévate de mi boca!
Ten fe y obra el milagro! Mis besos serán buenos
como el agua que un día brotará de la roca
y como la que el Hijo de humildes nazarenos,

que será, de amar tanto, Dios mismo, cambie en vino!
Si tienes hambre, toma: mi corazón es vianda!
Mis ojos son antorchas de luz en tu camino!
Y el camino soy yo!—Oh, bebe y come y anda!

En mis débiles brazos está tu fortaleza,
por mí lo serás todo y triunfarás en todo;
por mí tus ojos pueden descubrir la belleza,

tus pasos echar alas, tu suavidad ser fuerte!...
Yo soy quien te completa, ¡mortal! desde que el lodo
se llenó del aliento de Dios contra la muerte!

CARMEN BRANNON